

## HOMILIA DEL P. AGUSTÍN ARREDONDO, S. J.

*El ser como somos, es lo que nos reúne aquí anualmente la tarde del 30 de mayo, cabe el altar del Señor, porque a El reconocemos Autor de todo lo bueno; y creemos bueno, positivo, debido a El ante todo, el patrimonio ideológico que siempre tratamos de conservar, aumentar y difundir, en nosotros mismos como centro vital, y en nuestra vasta periferia de España y América.*

*Como a Dios esperamos suba nuestra oración y agradecimiento, de El también oímos la palabra, que seguiría siempre firme, por más que contra su Voluntad se cuarteara a nuestra vista esta ciudad católica en que vivimos.*

*Y hoy esa palabra de Dios es en primer lugar del Libro del Eclesiástico, que se complace en la consideración de la auténtica Sabiduría.*

*Después San Marcos nos narra aquellos primer lunes y martes santo del cristianismo. Cristo lamenta la actitud de aquel pueblo estéril que tres días antes de consumar su gesta se le escapa de las manos; maldice la higuera, defiende la dignidad de su Padre en el templo, e insiste en la necesidad de nuestra fe y nuestra oración.*

*El Eclesiástico se abre con numerosas sentencias que conducen al buen sentir y obrar. Exulta después ante las maravillas de la Creación; y casi como consecuencia ecológica se alegra de la sabiduría humana que nos lleva a obrar el bien, sin la que toda la grandeza creada habría quedado descabalada. ¡Si ella es lo más importante de la Creación, y el incomparable destello de la Sabiduría increada!*

*El comportamiento admirable de tanto héroe histórico que luego enumeramos, lo encabeza Jesús Ben Sirac con un proemio, que es el texto leído aquí, dedicado en general a los hombres de bien que vivieron sabiamente, cuya memoria pervivirá por los siglos.*

*Y a continuación el autor sagrado empieza a rememorar nominalmente esos estimables hombres de bien. Henoc y Noé dan principio a su letanía; todavía ellos en plena era prehistórica, y aún perdura el «gran*

nombre» que se dice nos legaron. Desde ellos siguen otros y otros, entre Abraham, hacía entonces unos dos mil años, hasta el guerrero y Sumo Sacerdote Simón II, hermano del Jonatán ya prisionero que había sucedido a Judas Macabeo doscientos años antes de Cristo, y unos veinte años antes de la escritura del libro de Ben Sirac que acabamos de oír.

A ejemplo de dicho autor, y con la gracia del Espíritu Santo (que no con la inspiración exclusiva de los Libros Sagrados), sería un placer el recuerdo de tanto «hombre de bien» de nuestra historia patria. De los reyes de Judá dice allí Dios que «fuera de David, Ezequías y Josías, todos los restantes incurrieron en pecado grandemente». De uno solo de nuestros reyes tratamos hoy aquí precisamente. De extraordinaria magnitud es, por fortuna nuestra, el gigante que aquí nos reúne, a quince siglos de distancia del Eclesiástico, y más de siete siglos distante de nosotros; entre los que han seguido transmitiendo «su heredad de hijos a nietos».

Y, por cierto, que los sorprendentes carismas con que Dios adornó a nuestro Rey Fernando, vienen a coincidir —ni podía ser fundamentalmente de otro modo— con los alabados en aquellos hombres bíblicos ideales.

Guerreros y reyes de dominios extensos; consejeros y profetas orientadores hacia el futuro; gobernantes y maestros conocedores de leyes divinas y humanas; poetas y músicos, comburentes con su incandescencia en los ánimos del pueblo; y bienhechores con la riqueza y el poder que para ello habían recibido del Dador de todo bien. Esto es lo que hizo indiscutible su prestigio e irresistible su proyección en el futuro.

Porque Murcia, Córdoba, Jaén y Sevilla son reconquistadas para el dios verdadero con la espada de Fernando, sin contar con numerosas poblaciones de menor importancia; aún con reyes, como el de Granada, constituido desde entonces en vasallo del Rey de Castilla.

Ni tampoco le pasó inadvertida a un hombre tan poderoso la labor de un cuerpo de consejeros aptos en aquel pueblo de Dios posprofético. El mismo negoció lo que pudo con el emir de los benimerines en Marruecos, gracias a lo cual pudo el papa Alejandro IV enviar un legado al sultán. Y para un más acertado gobierno instituyó para sí en germen los futuros Consejos del reino al designar un colegio de doctos y prudentes varones, en número de doce, que le asesoraran; sin ninguna posible sombra de validos.

Por lo demás, con sagaces consejeras de toda excepción contó, que no eran de plantilla ni de cuota, sino de inteligencia y corazón, en momentos cruciales como lo fueron la sucesión real en León y Castilla, o la determinación de sus matrimonios con Beatriz de Suabia y con Juana de Ponthieu. Se trataba de dos hermanas, hijas ambas del héroe de Las Navas: Berengueta, su propia madre; y Blanca, madre también del santo Rey de Francia, Luis.

Amigo de trovadores, se le atribuyen algunas cantigas marianas. También se nos dice que era buen cantor y promotor de la música. Poesía y música tomaría del hogar paterno su hijo Alfonso el Sabio; y el infante Don Sancho, otro de los trece hijos de los dos matrimonios, de quien se alaba su canto y excelente voz.

En fin, grandes hazañas de un hombre tan grande fueron la construcción de las catedrales de Toledo, Burgos, León y Palencia iniciadas en su reinado, el fomento de universidades como la de Palencia —luego en Salamanca según algunos—, la oficialidad de la lengua castellana, la creación de la marina de guerra, la colonización no fácil de los territorios que iba conquistando, la lealtad en los compromisos adquiridos con el enemigo, la magnanimidad con los adversarios que se le sometían, perdonándoles evangélicamente según la palabra aquí oída del Señor.

Y la religiosidad de Fernando, émula de la de aquellos escasos reyes de Judá que la Biblia recomienda, la manifestó al declararse a sí mismo en el fuero de Sevilla, enfermo ya de muerte, «caballero de Cristo, siervo de Santa María, alférez de Santiago», del que sabemos que tres días antes de su boda veló sus armas una noche en las Huelgas de Burgos; que oraba ya enfermo por su pueblo, porque de lo contrario —decía— no podría su pueblo dormir tranquilo; que tenía a su Virgen de los Reyes como conquistadora de Sevilla; que agotado por su febril trabajo, sólo aliviado a veces por el ejercicio deportivo o por el juego del ajedrez, muere al fin orando y pidiendo perdón. «Su tránsito —a decir de Menéndez Pelayo— oscureció y dejó pequeñas todas las grandezas de su vida».

Y por lo que toca a nuestros amigos de la Ciudad Católica: ¿Acaso se podrá decir de los que nos precedieron y esperamos gocen ya de la vista de Dios, que fue poco en su vida formar en nuestras filas, en esta misma reconquista que tuvo su punto de inflexión en los días de Fernando, que

*tardó desde su tiempo dos siglos y medio todavía en consumarse como unidad política, y que deja aún tanto que hacer en lo cristiano, como fue su verdadera ambición? Esa fe de la que nos ha hablado Cristo, capaz de trasladar montes, nos alcance de Dios nuestro Patrono que la tuvo, y la intercesión de nuestros compañeros por quienes pedimos y a quienes nos encomendamos.*

*Leo, a propósito de las miras del Rey Fernando sobre Africa, adonde su muerte le impidió pasar, que «con varios Sanfernandos hoy tendría el Africa una faz distinta». Sin el San Fernando que existió, forjador insigne de España, me preguntó cuál sería ahora la faz de esta parroquia de Santa Bárbara o de nuestras citas en José Abascal.*

*En fin, preguntémonos también incisivamente: ¿sería muy distinto este mundo sin nosotros? Seamos conscientes de la visión de San Fernando sobre España; de la de los amigos que nos precedieron —Dios les premie su interés y su colaboración—; no permitamos que nuestra sociedad cada día que pasa siga siendo lo mismo que si no estuviéramos aquí nosotros; agradezcámosle a Dios la irradiación de nuestro pensamiento y de nuestras publicaciones: SEMBRAR es nuestra obsesión. Gracias a Fernando el Rey pensamos así nosotros. Ante Cristo también nosotros, como hemos leído de la higuera del Evangelio, demos siempre copioso fruto, incluso a destiempo. Y aspiremos a esa única gloria que Dios prodiga en el Eclesiástico a los egregios que recibieron su Sabiduría; y así, como allí dice, perduren nuestros bienes en nuestra descendencia para siempre.*

## DISCURSO DE MIGUEL TOLEDANO LANZA

Queridos amigos:

*Por primera vez os acompaño en este homenaje de la festividad de nuestro Patrón, dado que la Berenguela particular de quien os habla —mujer hábil y perspicaz, de gran personalidad y dedicada como la reina al cumplimiento del deber— tiene la fortuna de celebrar años exactamente en el día de San Fernando y hoy por tanto festejo en este ámbito de verdadera comunidad lo que otras veces ha permanecido en el familiar. Y siendo la primera vez, me ha correspondido, como no podía ser menos*